

Paraíso artificial

Adrián Maldonado



Image not found.

Capítulo 1

Paraíso artificial

por Maldonado Amézaga Adrián Esteban

Cuando la luna se encuentra sobre el lienzo lóbrego con cientos de destellos como alguna pintura de salpicado, en mi mente se desarrollan pensamientos inconcebibles, ideas ingeniosas, historias míticas y escritos sabios, trato de alimentar esos pensamientos, a veces, como alimentos ricos en vitaminas o que aportan algo a mi imaginación, tratando de ser cada día mas capaz mentalmente, a veces, un simple pescado, otros días, solo refresco mi cabeza en agua helada, el sublime compositor lo hacía antes de componer, otro de mis rituales, era el simple hecho de agregar un cero decimal a cada número que apuntaba, si necesita escribir veinticinco, escribía el numero, además, agregando un punto y un cero al final.

Un día, me encontraba absorto en los dilemas que se daban en mis lóbulos, estaba pensando, cuando llegó una serpiente.

— ¿qué haces? Pierdes el tiempo pensando, algún día te levantarás y no veras más que soledad y pensamientos que no sirven más que para entretener a tus fantasmas — siseo la serpiente mientras sacaba y metía su bífida lengua a su cuerpo, cuando de pronto se le ocurrió, que sería una gran idea tratar de ayudar al hombre, este que ahora les escribe, por lo visto, la serpiente sabía que yo no dejaría de pensar, así que por lo menos me daría una ventaja, estaba seguro de llevar mis pensamientos al máximo.

La serpiente usando su escamoso cuerpo, recorrió mi brazo, dejando mi antebrazo sin la posibilidad de sentir el movimiento de la sangre en mis venas, tan pronto como comenzó a apretar logre sentir que su cuerpo se volvía seco, como el de una liga, seguido, con su cola dio dos golpes en mi vena, justo en la articulación, en la curvatura, después, con su colmillo golpeo directamente mi piel, hasta sentir como su veneno se transportaba en mi, comenzando con un suave hormigueo, que poco a poco se intensificaba, hasta llenarme los órganos, el corazón y finalmente la mente.

Me encontraba en un éxtasis espiritual cuando un pensamiento le recorría desde lo más profundo de su alma, era un centello fugaz, tan fugaz, que en un parpadeo te perderías de tal belleza, en ese instante, fui afortunado a ver el destello, ya que ese poco espacio de tiempo, duro en mi horas, tantas horas, cuando creí que debía seguir sintiendo la maravilla de mi estado físico y alejándome de aquel vil

destello que desde hace mucho no existía, pronto, las musas cayeron en mis hombros, todas y cada una, cientos de historias, composiciones, obras, ideas, construcciones infinitas de cosas, se presentaban a mi lado, podía tocarlas y analizarlas con cada uno de mis sentidos, comprendí al amor, repudie a la guerra, ya en el mayor orgasmo intelectual que podía haber sentido nunca, rectifique, no eran mis ideas, me había servido de un vil y repugnante medio artificial para llegar al eruditísimo, en ese momento, me di cuenta que mi vida y mi alma me abandonaban, mi único amigo restante, el cerebro, fiel acompañante, seguía endrogado por el veneno, estaba solo, mi espíritu estaba muerto, y mi cuerpo seguía en un estado similar al de un vegetal, en mi primera partida, había perdido el juego de la ruleta rusa.

La mente que antes había sido rosada y jugosa, llena de vida, ahora era un bulto reseco, carente de color, mi espíritu, había seguido igual de jovial, pero mi corazón, aquel al que siempre le di menos importancia, de lo cual ahora me arrepiento, estaba latiendo con sus últimas fuerzas, dando lo mejor de sí, en sus últimos latidos, ahora tenía un semblante triste, rostro lloroso, el último latido fue aquel que me dijo, que me había equivocado, la dosis no era de 250 miligramos, era de 25. Eso ahora era tan claro, me sentí estúpido por un momento, pero al tratar de hablar el último suspiro salió de mi cuerpo.